

LA «VERDAD» DE LA NOVELA¹

THE «TRUTH» OF THE NOVEL

José Luis Mora García

Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

Benito Pérez Galdós was an attentive reader of the philosophers and scientists of his time and very sensitive to the teachings of history. Literature, novels and theater were the instruments he used to establish a dialogue with these frontier knowledge with which to discuss debating about the central problems. The truth was one of them as shown by the two works we analyzed here: *Marianela* and *Santa Juana de Castilla*.

Keywords

Novel, True, History, Person, Nation

RESUMEN:

Benito Pérez Galdós fue un lector atento de los filósofos y científicos de su tiempo y muy sensible a las enseñanzas de la historia. La literatura, novela y teatro, fue el instrumento que utilizó para establecer un diálogo con esos saberes fronterizos con los cuales debatir acerca de los problemas centrales. La verdad fue uno de ellos, como muestran las dos obras que analizamos aquí: *Marianela* y *Santa Juana de Castilla*.

Palabras clave: Novela, Verdad, Historia, Persona, Nación

¹ Una versión de este texto fue expuesta en el XVIII *Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana: Estética y Filosofía en el Mundo Hispánico*. Universidad de Salamanca, 17-20 de abril de 2018.

Fecha de recepción: 31 de octubre de 2018.

Fecha de aceptación: 19 de noviembre de 2018.

Cómo citar: Mora García, José Luis: «La «verdad» de la novela», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 2 (2018): 272- 287.

DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2018.2>

*Averiguada la verdad,
de ella resultó este libro*
(Benito Pérez Galdós)

Es esta una propuesta modesta, pues no se trata de elaborar una teoría de la novela ni de reflexionar sobre tantos clásicos que lo han hecho, incluido Menéndez Pelayo de quien se acaba de reeditar su enorme obra *Los orígenes de la novela*. En verdad, puesto que de verdad hablamos, es un guiño al novelista canario con quien me «encontré» hace más de cuarenta años cuando José María García Gómez-Heras nos pidió como trabajo de clase recuperar filosofía en autores no profesionales de la filosofía. Acababa de ver la adaptación que de la novela *Nazarín* había realizado Buñuel durante su periodo mexicano y me produjo, estudiante entonces del último curso de licenciatura a punto de tener que realizar la que entonces se llamaba «tesina», un enorme choque, en la España de los años postreros del franquismo, tras las transformaciones que el Vaticano II había producido, las innovaciones de profesores que regresaban de sus viajes por Europa... Aquel rostro de Francisco Rabal, el don Nazario de la película, estampado contra la cámara como termina la película, era un reto para lo que estudiábamos en las clases y lo que vivíamos en la calle. Era, pues, preciso conocer el texto que había servido para el guion de aquella película en blanco y negro. Le dije a José María: «Yo, Galdós». Una herejía filosófica en tiempos de los estertores de la escolástica tal como se había cultivado en esas décadas y no menos de reconversión, como había escrito Julián Marías a la muerte de Ortega, de quienes pasaron de Santo Tomás al neopositivismo y a la analítica de un día para otro (el juicio es de Marías en su artículo: «El futuro ha empezado ya», más que mío). Tampoco sabía yo mucho por entonces de que en España había habido más heterodoxos que ortodoxos y que el propio novelista canario figuraba en el cielo de los primeros. Las consecuencias de todo tipo que tenía afirmar «Yo, Galdós» las he ido conociendo, disfrutando y, no diré padeciendo pues no ha sido para tanto, a lo largo de todas estas décadas. Hablar de la «verdad» de la novela, aunque fuera poniéndole comillas era situarse en el campo de la heterodoxia y no precisamente en la del historiador «católico», como llamaba a Menéndez Pelayo María Zambrano, sino en heterodoxias que podían llegar a ser más problemáticas si se deseaba hacer carrera académica. Eloy Terrón debió sentir algo similar cuando Montero Díaz le propuso hacer una tesis sobre los krausistas hacia mitad de los sesenta también cuando él deseaba hacerla sobre algún gran nombre de la tradición alemana, no de la pequeña.

Fue en el Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana, fundado en la Universidad de Salamanca, cuando fueron posibles atrevimientos que no lo hubieran sido con otro formato y en otro lugar. En aquellas primeras sesiones de 1978 y 1980 se planteó lo que significaba hablar de aquella verdad con comillas y de los tipos que protagonizaban las novelas cuya edición solo se había permitido en el formato de *Obras Completas* para que fueran leídas lo menos posible, prohibiendo ediciones de bolsillo y censurando o prohibiendo adaptaciones cinematográficas. No debían ser, pues, tan ingenuas aquellas verdades.

Se han cumplido, el día 10 de mayo, 175 años del nacimiento de aquel novelista canario y un siglo justo del estreno de *Santa Juana de Castilla* dos días antes (8 de mayo de 1918). Queda para el 2020 el recuerdo de su fallecimiento un 4 de enero. Claro, hoy sabemos mucho más de lo que sabíamos de su obra. También sabemos más de cuantos han escrito sobre él, incluida María Zambrano cuya deuda con este escritor venido de Las Palmas se nos muestra cada vez mayor a medida que somos capaces de leer con más detenimiento la obra de ambos. Lo conocemos mejor a medida que aquellos debates sobre las ortodoxias y heterodoxias, y no me refiero solo a las religiosas, van quedando ya lejos, y aquel viejo sujeto moderno que, como señala Raúl Alcalá en el capítulo que al «sujeto intercultural» dedica en su libro *Pluralismo y diversidad cultural*, se había quedado solo en su afán por no caer en ningún error, a cambio de tener casi imposible decir alguna verdad. Por el contrario, ha tenido que incorporar, forzosamente, la que llamamos realidad social e histórica, con el riesgo de cometer errores, a cambio de poder decir alguna verdad. Eso sí, sabiendo que alguien se puede apropiar, en exclusiva, de esa verdad con los efectos nocivos bien conocidos: ahí anida el origen de los exilios. Cuando Carlos Fuentes le preguntó, entre otros a María Zambrano, acerca de la necesidad de la literatura, no dudó nuestra filósofa en situar su respuesta en un plano filosófico para manifestar que la novela nació de «una rebelión de la multiplicidad», y ello porque «si tuviésemos bastante con el espacio-tiempo de la física –cuya realidad queda afirmada para que no se ponga en cuestión el valor de la racionalidad– y aun de la vida sin más –de la vida como hecho– nada se hubiera inventado, ni creado, y aun el soñar estaría abolido» (Zambrano, 1956: 36).

He ahí dos realidades problemáticas, la multiplicidad y el sueño, ambas entre la subjetividad y la objetividad, que se sustentan en la multiplicidad de individuos que producen múltiples formas de conocer y múltiples maneras de hacer. Podemos proceder por reducción y crear modelos que las ignoren, mas eso es como ponerse la venda, por mencionar el título

de la obra de Miguel de Unamuno de ese mismo título; por el contrario, podemos probar a conocer la realidad tratando de saber cuánto les corresponde a los sueños. Por decirlo con palabras de Ricardo Gullón antes de entrar a comentar algunas claves de dos obras galdosianas: «En Galdós hay mucho más de lo que ocurre; está también lo que no ocurre, lo que queda».² Me hubiera resultado imposible decirlo con más precisión.

A eso se refiere la expresión que figura en el título de esta intervención. Galdós con mucho cuidado utiliza el verbo «averiguar», palabra que proviene del latín tardío «verificare», de «verus», origen de la palabra «veritas» y viene a significar según el diccionario de María Moliner: «Enterarse, indagar o inquirir». Y esta misma acepción la utiliza la RAE: «Inquirir la verdad hasta descubrirla», es decir, interrogando a la realidad misma para que responda. Y nos dice Galdós que del resultado de la averiguación «resultó» el libro, es decir, que fue la consecuencia obligada frente a quienes «ven visiones», es decir, frente al falso conocimiento o el conocimiento insuficiente.

La novela de la que hablamos es *Marianela*, publicada en 1878, precede a *La familia de León Roch*, esta por la cual Giner de los Ríos se dio por aludido al considerar una crítica haber apostado por una filosofía de origen alemán. Ciertamente era una crítica y más conociendo algunas aseveraciones que Galdós realizaría, años más tarde, a la filosofía alemana en un artículo escrito con motivo de la visita del príncipe Federico Guillermo a España (1883), titulado justamente «Visiones y Profecías». Sin embargo, el diálogo entre ambos fue creciendo hasta poder decir que hubo una coincidencia más que notable. Apenas tres años antes se había producido en el Ateneo madrileño el debate sobre «El positivismo y la civilización» y eran los años en que se editan los primeros textos de psicología, de sociología, se traduce a Darwin, hasta dar paso al positivismo filosófico del cual el naturalismo literario es su trasposición al plano de la creación novelística. Como es sabido, fueron años de debate que abarcaron todos los planos: epistemológico, moral, religioso e histórico, con la Historia y la Nación al fondo, como indica el largo resumen de Azcárate antes mencionado.

Esta novela ocupa un lugar clave en la producción galdosiana para comprender de qué realismo hablamos cuando lo hacemos de las novelas de este autor y, diría, que de estos autores.

² Conversación de Ricardo Gullón con Pérez Minik citada por Fernando Delgado (Delgado, 2017: 166).

Fue a propósito de «El realismo en pintura» cuando no se le ocurrió otra cosa a Ortega que citar las palabras de quien llama «célebre pintor contemporáneo» cuando éste definía el realismo como «el arte de la pintura [que] consiste en hacer un pimiento que parezca un pimiento» con lo que el mencionado arte, visto desde el punto de vista del contemplador, «el placer estético que un cuadro produce es lo que más se parece a una indigestión» (Ortega y Gasset, 1983: 565-569).³ Concluía nuestro filósofo este artículo sosteniendo que el «realismo español es una de tantas vagas palabras con que hemos ido tapando en nuestras cabezas los huecos de ideas exactas» (...) «Porque con la palabra «realismo» se quiere significar de ordinario carencia de invención y de amor a la forma, de poesía y de reverberaciones sentimentales, que agosta miserablemente la mayor porción de pinturas españolas. Realismo es entonces prosa. Realismo es entonces negación del arte, dígame con todas las letras» (Ortega y Gasset, 1983: 565-569)⁴. Era, sin duda, una simplificación grave, hecha a propósito de una exposición de pintura que hacía extensible a una amplia y compleja producción estética incluyendo la novela que había tenido una profunda renovación a partir de 1870.

Mas no es ahora el tema. Mucho se ha escrito sobre esto desde el pensamiento ya clásico de María Zambrano y probablemente merezca aún mayor atención abordarlo en otra ocasión. En todo caso, es cierto, como sostiene Stephen Miller (Miller, 1993) que el Modernismo de finales de siglo estaba incubado en el realismo de la generación anterior frente a la tesis tradicional de contraponerlos. Y eso sí tiene que ver con novelas como esta de la que hablamos. Incluso Fernández Montesinos la interpretó como la trasposición de las categorías comtianas al mundo galdosiano, mas aunque le considero un gran galdosista no creo que esto sea del todo así o que lo sea sin más. La historia externa es sencilla: nos cuenta las relaciones del ciego Pablo Penáguilas, hijo de un propietario, de «regular hacienda heredada», tras haber regresado de América sin fortuna; vivía en Aldeacorba, aldea cántabra en la ficción, cercana a las minas de Socartes, con su lazarillo, *la Nela*, nada agraciada, es decir, fea, pero de natural bondadoso, «germen de todos los sentimientos nobles y delicados» cuya madre se había suicidado y vivía acogida por el capataz de las minas de Socartes. Toda la primera parte de la novela va mostrando las relaciones de estos dos personajes en ese ambiente que va de la aldea, expresión de la naturaleza, a la mina que es espacio hosco,

³ Firmado en junio de 1912.

⁴ Según J. Fresnillo (Fresnillo, 2004). El término «realismo» aparece en la obra de Ortega y Gasset en 129 ocasiones.

desagradable, es decir, de la ciencia aplicada, necesario para el desarrollo industrial. Es en ese paisaje donde se contrastan las dos formas del idealismo, el de las ideas que representa el ciego y el de los ideales que personifica Marianela. Son varios los capítulos que Galdós titula cariñosamente «tonterías» en los cuales Pablo «crea» en su ceguera un mundo ordenado que le lleva a decir: «Me parece que el universo, las Ciencias, la Historia, la Filosofía, la Naturaleza, todo eso que he aprendido, se me ha metido dentro y se está paseando por mí...» (...) «No, no me hacen falta los ojos para esto. Yo le dije a mi padre: “Concibo un tipo de belleza encantadora, un tipo que contiene todas las bellezas posibles, ese tipo es la Nela”. Mi padre se echó a reír y me dijo que sí». Pero Galdós añade a continuación: «La Nela se puso como amapola y no supo responder nada. Durante un breve instante de terror y ansiedad, creyó que el ciego la estaba *mirando*» (Pérez Galdós, 1966: 706). Reponiéndose, termina diciendo: «Ahora... ya sabes tú que las personas dicen muchas tonterías..., se equivocan también...; a veces, el que tiene ojos ve menos» (Pérez Galdós, 1966: 706).

Hasta aquí la primera verdad averiguada en esa relación establecida entre la ceguera, creadora de ideas que construyen un mundo ordenado, y la fealdad que acoge la bondad sin límites, es decir, el ideal heredado o creador de la radical misericordia como virtud puramente humana o, si se quiere, civil, distante de la pura filantropía racional, hija de la Ilustración, es decir, de la ciencia y la planificación racional. En este plano solo hay las relaciones entre personas sin apenas mediaciones sociales. No ocurre, pero queda...

Pero hay más verdades por averiguar: las que sí ocurren. A la mina llega el doctor Teodoro Golfín, a quien se califica como un don de Dios, el médico hermano del ingeniero de la mina que ha recorrido Europa «para apropiarse de los progresos de la ciencia oftálmica». Y, ciertamente, la ciencia cambiará la forma de interpretar la realidad vivida por los dos jóvenes: ahora «La Nela tiene imaginación; por tenerla y carecer hasta de la enseñanza más rudimentaria, es sentimental y supersticiosa». Se halla, dice Teodoro Golfín, en la situación de los pueblos primitivos, la época del pastoreo» (Pérez Galdós, 1966: 714). Las virtudes que posee pasan a ser, pues, un anacronismo. Ahora ya es considerada una huérfana a la que hay que buscar solución por medio de las costumbres «apoyadas por las leyes...» De Pablo se dice que en él todo es «idealismo, un idealismo grandioso, enormemente bello». La ciencia interpreta esta realidad, como un anacronismo. Traigámosle al ciego, por tanto, del mundo de las ilusiones a la esfera de la realidad y, entonces, sus ideas serán exactas, tendrá el don precioso de apreciar en su verdadero valor todas las cosas» (Pérez Galdós, 1966: 718). Si el idealismo de Nela la había hecho crear una «cosmogonía extravagante» y un modo rarísimo

de apreciar las causas y los efectos de las cosas», el idealismo de Pablo, pura razón, había hecho lo propio creando un mundo de absoluta perfección.

Poco antes de que la ciencia consiga curar las cataratas congénitas de Pablo, su prima Florentina llega al pueblo, muchacha de su misma clase social, de ideales que sí podemos calificar como filantrópicos y bella. Y aquí se hace preciso averiguar la otra verdad: que el Pablo ciego que había afirmado «que con los ojos se ven muchos disparates, lo cual indica que ese órgano tan precioso sirve a veces para presentar las cosas desfiguradas cambiando los objetos de su natural forma en otra postiza y fingida» (Pérez Galdós, 1966: 730) ahora se halla en esa situación: tener ojos... que ¿acaso desfiguren la realidad? ¿O conozcan la realidad? Es la «caída del caballo» de Pablo quien debe ahora someterse al aprendizaje de la realidad que ha de llevar a cabo de la mano del médico que le guía hasta el espejo para que se mire a sí mismo. Mas es ahora cuando la Nela no desea ser vista, pues esta es la otra verdad: que la imagen ideal en la cual belleza física y espiritual eran una sola, encarnada en ella, era producida por la ceguera. Es «¡la realidad!» afirma rotundo Pablo entonces, pero no ya ante la Nela sino ante su prima Florentina: «Creo que toda la vida me durará el asombro que me produjo la realidad... El que no la posee es un idiota. Florentina, yo era un idiota» (Pérez Galdós, 1966: 747).

Llega, pues, el capítulo de la penúltima verdad averiguada que Galdós titula «Los ojos matan». Y ¿a quién matan? Pues lo sentencia el médico: a Nela que pertenece a esos «seres moralmente organizados para el bien, para el saber, para la virtud y, que por su abandono y apartamiento, no pueden desarrollar las fuerzas de su alma. Viven –concluye– ciegos del espíritu, como Pablo Penáguilas ha vivido ciego del cuerpo teniendo vista» (Pérez Galdós, 1966: 750). Efectivamente, Marianela muere de pena: «Sí, señorito; yo soy la Nela» (...) «¡Eres tú... eres tú!», rompió a decir Pablo. «Fue Golfín quien pronunció estas lúgubres palabras: «¡La mató! ¡Maldita vista suya!» Esta es la naturaleza de la verdad averiguada: que el médico predice la enfermedad que trae la muerte ya que puede establecer la relación entre la causa y su efecto, pero no puede hacer lo propio cuando es el dolor el que produce la enfermedad y la muerte porque esa conexión no es comprobable experimentalmente. Es «morir... de muerte». «No sé –acertó a decir Golfín– si pensar que muere de vergüenza, de celos, de despecho, de tristeza, de amor contrariado. ¡Singular patología! No, no sabemos nada... solo sabemos cosas triviales». Y ante el requerimiento de los presentes pregunta: «¿No es usted médico?»; la respuesta tajante del médico fue: «De los ojos, no de las pasiones». Y ante la pregunta posterior de si puede «el dolor del alma matar de esta manera», la respuesta

se refugia en el misterio: «horrendo desplome de las ilusiones, brusco golpe de la realidad, de esa niveladora, implacable que se ha interpuesto, al fin, entre esos dos nobles seres. ¡Yo - afirma Galfín- he traído esa realidad, yo!» (Pérez Galdós, 1966: 754). Realidad que para Pablo es nueva vida y para Marianela fue el dolor, la tristeza y la muerte lo que lleva al médico a confesar que «no sabemos más que fenómenos superficiales». «Señora, yo soy un carpintero de los ojos, y nada más».

Y llega la averiguación de la verdad última, cuando ya nadie se acordaba de Marianela cuyo cuerpo reposaba en un lujoso panteón y Pablo y su prima Florentina se habían casado. Acertaron a pasar unos turistas por Aldeacorba —manifiesta el autor- quienes publicaron en un periódico inglés una crónica completamente inventada sobre María Manuela Téllez, nombre que rezaba en el epitafio de la tumba, y a cuyo espléndido sepulcro debía corresponder una persona de la aristocracia. Era preciso rescatar la historia verdadera de Marianela que rebuscara a ese ser tan pequeño que apenas se ve, «pequeño, mezquino, atomístico» pero que «tiene alientos», es decir, que expulsa aire cálido que humedece la superficie de cristal, que aun muerto respira y, por tanto, vive. Vive ahora en las páginas de la novela porque lo que queda es mucho más de lo que ocurrió: el aliento.

Es la última verdad. Quizá la Benina de *Misericordia*, escrita casi veinte años después, esa otra novela que Zambrano leyó tan bien en plena guerra civil, sea ese aliento imprescindible para la convivencia humana, imposible sin la existencia de la virtud que aquella Nela había practicado en grado sublime aunque su espíritu perteneciera a la época en que la humanidad se hallaba todavía en el pastoreo. No es verdad, pues, que Comte llevara, sin más, razón cuando de seres humanos hablamos.

Efectivamente, se trató de una obra traducida a varios idiomas, adaptada al cine en más de una ocasión y al teatro de la mano de los hermanos Quintero e interpretada por Margarita Xirgu, la actriz posteriormente exiliada en Buenos Aires y fallecida en Montevideo. Era la transmisión de esa verdad a otras generaciones y a otras gentes que la podían compartir públicamente.

Le quedaba a Galdós por averiguar otra verdad: la verdad de la historia, de la historia de España. Había escrito cuarenta y cuatro novelas sobre la historia del siglo XIX tratando de escudriñar por qué el liberalismo no había encontrado su lugar en la construcción de una sociedad tolerante y abierta. Terminó con el Episodio dedicado a Cánovas y ya no pudo encontrar la «verdad» de Cuba. Era el Episodio que no escribió por su propia ceguera. Mas sí pudo escribir una obra más breve que seguramente tenía concebida hacia 1892, fecha de

la conmemoración del IV centenario del descubrimiento de América y que redactó poco tiempo antes de su estreno. Se ha cumplido justamente el centenario el día 8 de mayo, como decíamos al comienzo, cuando *Santa Juana de Castilla* fue estrenada en el teatro de La Princesa de Madrid cuya protagonista fue la misma actriz de la adaptación de *Marianela*.

Una ingente producción, que no cesa, ha tratado de revisar aquel personaje trágico a quien la historiografía canónica ha tratado de presentar como demente y las recreaciones estéticas como víctima. La última, este mismo año 2018: *Reina Juana*, la confesión en forma de monólogo escrito por Ernesto Caballero que en un escenario casi negro con una cama y un reclinatorio ha representado Concha Velasco en el teatro La Abadía de Madrid. Pérez Galdós, que se documentaba bien, conocía todo lo que hasta su tiempo se había escrito y era muchísimo (Cardona, 1977: 462-469). Por mi parte también le dediqué hace ya algunos años un largo estudio para un congreso que se celebró en Valladolid en el que se estudió la recepción del siglo XVI en el XIX: «Verdad histórica, verdad estética» lo titulé (Martínez Millán, 2000: 69-99). Mucho más se ha seguido escribiendo. A estos y otros estudios me remito para su contextualización. Lo que interesa aquí tiene que ver con una idea que María Zambrano desarrolló en la reflexión que figura como presentación de la edición de Hispamerca (1977) de «Los intelectuales en el drama de España». Titulada «La experiencia de la historia», el subtítulo es lo verdaderamente sugerente: «Después de entonces», reza, y ella misma lo había traducido en otro lugar diciendo que la historia no puede ser interrumpida en su punto mejor o, dicho de otro modo, «de lo que se ha dejado perder no cabe tener experiencia. Por el contrario, se abre en el sujeto y en su historia el vacío de la posibilidad que ilimitadamente se despliega. Y al que vive en ella el pasado se le hace irresistiblemente poderoso; vive bajo su dependencia sin atinar con el instante decisivo que dejó irse. El tiempo presente se paraliza. Y la realidad no llega a configurarse o lo hace imaginariamente. La experiencia es radicalmente imposible» (Zambrano, 1977: 17-18).

Pues aquel Galdós escribió este drama para salvar la «verdadera» realidad histórica, o sea, para impedir que la realidad no se consuma adecuadamente o lo haga de manera falsa.

Que fuera drama tenía que ver con la idea unamuniana de que España se había salvado en muchas ocasiones por el teatro, pues la representación se comparte públicamente. Y como buen conocedor de las tesis del regeneracionismo, Galdós compartía la tesis sobre el austracismo y pensaba que la historia de España se había torcido en su punto mejor que no era, precisamente el de Reina Isabel, sino el de la Reina Juana.

Quizá la necesidad de prologar el libro de Salaverría, *Vieja España* (Pérez Galdós, 1962: 79-98) le dio la oportunidad de regresar al siglo XVI, repasar la geografía castellana y su historia. Precisamente ahí terminó por ver dónde radicaban las causas de las fracturas que habían recorrido nuestra historia, haciendo inevitable la disidencia o, si se quiere, la heterodoxia, donde le había colocado su amigo Menéndez Pelayo y de donde le había parcialmente rescatado en el discurso pronunciado en la Academia de la Lengua con motivo del ingreso del autor canario Galdós. ¿Dónde estaban las razones de la intolerancia y el autoritarismo que tanta presencia han tenido en nuestra historia? Pues, precisamente, en la raíz misma donde nacieron nuestras grandezas.

Sería muy prolijo comentar todo el largo prólogo que Galdós escribió más allá de lo que podría haber sido un compromiso. Es como si estuviera esperando la ocasión para decir algunas cosas como éstas:

«...y las batallas que a España –han de dar prestancia nueva- no se ganan con Tizonas, ni coladas ni Babiecas.»

«...si D^a Isabel de Castilla tuvo en su feliz reinado éxitos admirables, también incurrió en notorios desaciertos. Su principal error fue aquel empeño en salvar las almas, no sólo de los españoles de su tiempo, sino de todos los que hemos venido después. Este afán de regir las conciencias presentes y futuras es una extralimitación, un abuso de facultades políticas, que hoy no puede ser perdonado. A tal dislate la llevaron consejeros espirituales, dañados de un fanatismo ardiente, visionarios de la imposible unidad de la fe.

Los siglos siguientes al siglo de D^a Isabel han venido protestando de este cruel propósito de meternos a todos en comunidad o rebaño, con regla estrecha y absolutamente intolerable. El litigio ha seguido dividiendo en enconados bandos a los que, no ya castellanos, sino españoles nos llamamos en el viejo solar europeo, y aun no hemos podido obtener sentencia definitiva. ¡Estamos lucidos como hay Dios! Aquella excelente señora, reina famosa entre todas las reinas, espejo de las mujeres, hizo ciertamente grandes cosas; pero le faltó una, la principal y más importante para el porvenir de sus súbditos. No vio, o no la dejaron ver, que si antes de morir hubiera desatado nuestras conciencias, habría hecho más por nosotros que descubriendo cien Américas y conquistando doscientas Granadas».

«A las hegemonías determinadas por los hechos de gesta, substituye hoy el imperio de la fuerza espiritual, y esta la dan los éxitos del trabajo y la riqueza. Los que mayor provecho saquen de las transformaciones de la materia dirigirán a los perezosos y desmañados». (Pérez Galdós, 1966: 83, 96 y 97).

Pues «este imperio de la fuerza espiritual» podría haber nacido, más tarde, con aquella «reina» que no reinó, formada con Luis Vives y el humanismo de orientación erasmista, practicante de aquellos viejos escritos sobre la concordia y sobre la paz. Será Mogica, el viejo servidor de doña Juana, quien hará saber «que por loca la tuvieron, y aun la tienen, los que no la conocen como yo. Su Alteza discurre atinadamente sobre cualquier

asunto. Su único desconcierto consiste en darse cuenta y razón del paso del tiempo» (Pérez Galdós, 1968: 1331). Para dar la clave de su inhabilitación para gobernar: «Estando yo en Gante, al servicio del secretario Conchillos, llegó a visitar a su Alteza en su palacio un holandés llamado Erasmo, el cual gozaba fama de hombre muy sabio, el más sabio de aquellos tiempos. Después de hablar afablemente con Su Alteza, la obsequió con un libro escrito por él». Era este *El elogio de la locura* «y debe de ser obra muy cristiana, apostilla, cuando el papa León X la leía y releía con deleite» (Pérez Galdós, 1968: 1331). Ese cristianismo de la humildad, la sencillez, del desprecio de las vanidades terrenas será una de las claves de la obra.

La otra es transmitida a los espectadores cuando aparece la protagonista en escena, ante el aviso de que la visitará Francisco de Borja, enviado como confesor por su hijo: «El César, como llaman a mi hijo desde que fue coronado en Alemania, debiera ocuparse más que en recomendarme confesores, en administrar los negocios de Castilla, como cumple al soberano de estos reinos. Mi hijo desconocedor de las grandes virtudes de este pueblo, donde abundan los corazones rectos y las inteligencias despejadas, nos ha traído acá una nube de flamencos que devoran toda la riqueza, y a la postre nos llevarán a la completa ruina del suelo castellano» (Pérez Galdós, 1968: 1334).

Será el personaje Valdenebros, el que tras el fracaso de la revuelta comunera cuyos líderes se entrevistaron en Tordesillas con Juana sin obtener su apoyo por no debilitar a la monarquía, ahora ya en el recuerdo más de treinta años después, hará saber que «los flamencos no son tan malos como creéis. Fraternizad con ellos; trabajad todos juntos en la labor de la tierra y en las artes y veréis cómo al fin las comarcas españolas serán felices y ricas».

Y, finalmente, la propuesta política en palabras de Peronuño: «La Reina está en lo cierto. El pueblo debe gobernarse a sí mismo en conformidad con la Soberana» (Pérez Galdós, 1968: 1340). Sabemos que esto no ocurrió... pero queda.

Es sabido que la Reina Juana murió en la noche del jueves santo al viernes de 1555 sin que se cumplieran ninguno de estos ideales que eran considerados el punto mejor de la historia. Mas Francisco de Borja, personaje importante, nieto (o biznieto) de Papa, hombre de la Corte de Carlos V, tercer general de los jesuitas, aparece aquí como «legitimador» del comportamiento de la Reina Juana y con sus palabras cae el telón: ¡Santa Reina! ¡Desdichada mujer! Tú, que has amado mucho sin que nadie te amase; tú que has padecido humillaciones, e ingratitudes sin que nadie endulzara tus amargores con las ternuras de familia; tú, que

socorriste a los pobres y consolaste a los humildes sin vanagloriarte de ello, en el seno de Dios Nuestro Padre encontrarás la merecida recompensa». (p. 1346). En la mesilla del otro lado podía verse un ejemplar del libro de Erasmo. Este final difiere claramente, pues, de la interpretación ortodoxa del P. Coloma quien sostiene que Francisco de Borja habría conseguido la conversión a la ortodoxia de la prisionera de Tordesillas en el último momento de su vida. Simplemente es la reconciliación de la España de los jesuitas y la España erasmista. No ocurrió entonces pero, seguramente, lo hizo después o puede aún ocurrir pues aquella propuesta... quedó.

La «verdad» de la novela o del drama, ambos géneros mestizos el uno con el otro, consiste precisamente en averiguar lo que queda incluso aunque no haya ocurrido. ¿Por qué sucede con los sentimientos en la historia? Pues... lo dice el personaje de la Reina Juana: «Con la historia no caben los sentimientos. Cuando en la historia hay sentimientos sucede lo que a mí me ha sucedido... todo es materialismo, y, o se es materialista, o se es simplemente loca». Pero, podríamos preguntarnos: ¿no podría suceder que fuera santa? No vaya a pasar, como dijo Erasmo precisamente en el *Elogio de la locura* (Erasmo, 1976: 85), que yerren «a más no poder quienes creen que la felicidad del hombre radica en las cosas mismas. En realidad, depende de la opinión que nos formemos de ellas, pues es tan grande la oscuridad y la variedad de las cosas humanas que nadie las puede conocer de modo diáfano, según dijeron acertadamente los platónicos, los menos presuntuosos entre los filósofos».

Quizá fue Manuel Machado en *El Liberal* (9 de mayo de 1918), quien más acertó sobre el significado radical de este drama galdosiano al afirmar, tras referirse a los estudios que sobre este personaje había realizado la historiografía alemana, que «Galdós, sin embargo, ha hecho más: con verdadera adivinación de bate, con indudable intuición genial, ha cifrado en la hija de Isabel la Católica toda la España muerta en el momento de su renacer propio y genuino, ahogada por la universalidad ambiciosa de Carlos V, destrozada en Villalar, fracasada en sus más nobles anhelos de libertad, de democracia, de vida propia nacional. Y lo que es más aún: de su autonomía de conciencia». Para concluir: «Yo he creído notar en este drama sobrio y fuerte que la mano del genio entreabría las puertas de la gran verdad artística y el estremecimiento de la suprema belleza ha conmovido mi espíritu en ciertos momentos.»

Si en *Marianela* había apostado por averiguar cuál es la verdad de los sentimientos en el orden individual, en esta obra lo hizo por llevar a cabo el mismo proceso en el orden de la historia. Al final, nos queda la verdad estética, ¿enfrentada a la verdad como la enseña



la filosofía y defienden los historiadores? Pues, quizá. Mas, también podemos pensar que el ser humano necesita del carpintero de ojos, de quien le recuerde que la vida nace del aliento y, también, que no hay otro tiempo que el histórico para descubrir y realizar las tres verdades.

BIBLIOGRAFÍA

- Cardona, R. (1977), «Fuentes históricas de Santa Juana de Castilla» en *Actas del I Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas, Cabildo Insular, pp. 462-469.
- Delgado, F. (2017), *Mirador de Velintonia. De un exilio a otros (1970-1982)*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- Erasmus de Rotterdam (1976), *Elogio de la locura*, Madrid, Espasa Calpe (Publicado inicialmente en 1511).
- Fresnillo Núñez, J. (2004), *Concordancia Orteguiana. Concordancia in José Ortega y Gasset opera omnia*, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- Martínez Millán, J. y Reyero, C. (coords.) (2000), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*. T. II, Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios, Madrid, pp. 69-99.
- Miller, S. (1993), *Del Realismo/Naturalismo al Modernismo: Galdós, Zola, Revilla y Clarín (1870-1901)*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular.
- Ortega y Gasset, J. (1983), *Obras Completas*, Madrid, Alianza Editorial/Revista de Occidente, I.
- Pérez Galdós, B. (1962), «Prólogo» a José María Salaverría, *Vieja España*, en: Shoemaker, W.H. (ed.) (1962), pp. 79-98.
- Pérez Galdós, B. (1966), *Marianela*, O.C., IV, Madrid, Aguilar (6ª ed.).
- Pérez Galdós, B. (1968), *Santa Juana de Castilla*, O.C., VI, Madrid, Aguilar (5ª ed.).
- Shoemaker, W.H. (ed.) (1962), *Los prólogos de Galdós*, México, The University of Illinois Press (primera edición 1907).
- Zambrano, M. (1956), «Respuesta a Carlos Fuentes» en *Revista mexicana de Literatura*, 8, noviembre-diciembre.
- Zambrano, M. (1977), «La experiencia de la historia (Después de entonces)», Prólogo a *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*, Madrid, Hispamerca, 1977.



SOBRE EL AUTOR

José Luis Mora García

Profesor de Titular de Filosofía en la Universidad Autónoma de Madrid.
<https://orcid.org/0000-0002-3166-8113>

Contact information: Correo electrónico: jose.mora@uam.es